

sidades, que no solo ha saltado las eternas vallas prefijadas por la razon y el buen gusto, sino, y esto es lo mas doloroso, ha olvidado que la literatura es para moralizar y no para corromper; pero confesamos francamente que esa especie de revolucion que se ha practicado contra el clasicismo, es decir, contra la imitacion reducida á sistema, y con todos los atavíos del saber, de la erudicion y del buen gusto, la miramos hija de causas muy naturales y legítimas, demandada por la misma fuerza de las cosas, en armonía con nuestras necesidades sociales, y destinada á alcanzar su blanco, que será armonizar la sociedad y la literatura, quitar ese divorcio que circunstancias infaustas habian acarreado, y hacer que siendo las producciones del genio la verdadera expresion de la sociedad, no sea un mero pasatiempo, sino una efusion del alma; no un arte limitado á la esfera de los eruditos, sino una armonía celeste que pueda hacer resonar sus acentos muy alto, esparciéndose sobre las otras clases; creándose así una literatura somal ó social, una reciproca correspondencia en que la sociedad influya sobre la literatura, y la literatura sobre la sociedad.



EL ABATE DE RAVIGNAN.

Nada de cuanto puede influir sobre los destinos de la Francia, debe ser indiferente á los ojos de un observador de las sociedades modernas, porque lo que tiene accion sobre aquella, lo tiene sobre éstas. Así, es de la mayor importancia el fijar la atencion sobre los grandes hombres que descuellan en este país, porque aun suponiéndolos de dimensiones mas pequeñas que los hombres eminentes de otros paises, se hallan indudablemente colocados en una posicion más á propósito, sea para el bien, sea para el mal. Sin entrar ahora en investigaciones sobre el conjunto de causas morales y aun físicas, que contribuyen á la produccion de semejante fenómeno, causas en cuyo señalamiento andarian muy discordes las opiniones, menester es confesar un hecho que salta á los ojos de todo el mundo, cual es que la nacion francesa tiene algo de mas *comunicativo* que las demas de Europa. Esto, ni es un título de superioridad, ni tampoco es siempre una ventaja: no juzgo el hecho; no hago mas que consignarlo. Pero lo cierto es que si una idea, si una institucion se han de generalizar, si han de estenderse por todo el mundo, es necesario que vayan á Francia á buscar, por decirlo así, el sello de *cosmopolitismo*; cuando se hayan difundido por la Francia, pueden estar seguras de su propagacion por el universo. Para este efecto no sirven tanto ni la altanera seriedad del inglés, ni la meditada fiema del aleman, ni la sesuda gravedad del español; necesitase algo de aquella flexibilidad, de aquella ligereza, de aquella prontitud y vivacidad que caracterizan el genio francés; á veces hasta conviene aquel entusiasmo, que en otros paises se calificaria

de atolondramiento, y que no obstante, es uno de los vehículos mas seguros y eficaces de una propagacion rápida y estensa.

Cuando digo esto, que es como un preámbulo de la grave materia que me va á ocupar, no tengo la insensata pretension de esplicar por causas naturales los prodigios de la gracia en los grandes senderos marcados por la Providencia para el progreso del Catolicismo. Semejante pretension estaria en desacuerdo con mis creencias, pues que convertiria la obra de Dios en obra de la mano de los hombres. Pero ¿por qué no me ha de ser permitido hacer observar la sabiduria de Dios en escoger por foco de una regeneracion religiosa y social, el mismo pais que medio siglo antes lo fuera de impiedad y de ateísmo? ¿Por qué dejaríamos de admirar los altos designios del Eterno en hacer servir para el bien las mismas calidades que sirvieron para el mal? ¿No es esto, por ventura, lo mismo que en cierta manera ha reconocido el vicario de Jesteristo, dejando que continuase en Francia el centro directivo de la obra de la propagacion de la fe, que tantos y tan pingües frutos ha producido en la viña del Señor? La gracia no destruye la naturaleza: Dios, en la profundidad de sus arcanos, se vale de las causas naturales para contribuir á los efectos sobrenaturales; porque como centro infinito de luz y de vida, fecunda con su palabra omnipotente la naturaleza, como fecundó en el principio de los tiempos el caos y la nada.

Estas reflexiones eran indispensables para comprender en toda su estension la importancia del objeto que nos va á ocupar, y para que se conociese que los grandes hombres suscitados en Francia por la diestra del Escelso para la defensa y esplendor de la religion católica, son como otras tantas lumbreras colocadas sobre el candelabro para la iluminacion del mundo. Asi debemos esperar, cuando vemos que la patria de Voltaire es tambien la patria de *Ravignan*.

Este nombre ilustre es ya conocido en México; pero quizás no lo sea lo bastante para excitar todo el interés á que se hecho acreedor. No me propongo escribir una biografía cumplida, sino consignar algunos apuntes, por si en algo pudiesen interesar la curiosidad de los lectores. Aun mas: el escribir esta biografía no fuera posible tampoco, por la sencilla razon de que faltan noticias detalladas sobre la vida del hombre que es su objeto. Dificil se hace de creer que un hombre de celebridad europea, sea casi desconocido del público en lo tocante á las particularidades de su persona; y no obstante, nada hay mas cierto; bastando decir, que en la biografía del clero contemporáneo que se está publicando en Madrid, se encuentran muy escasas noticias sobre los pormenores de la vida de este hom-

bre extraordinario. ¡Tanto es el retiro en que vive! ¡tanto el cuidado que emplea su humildad en ocultarse de los ojos de los hombres! La existencia de Ravignan pasaria desapercibida como un grano de arena en la inmensidad del océano, si no apareciendo de vez en cuando en la cátedra de la verdad, como un ángel del cielo para anunciar la palabra del Señor, no fijase por algunos momentos la atencion de un mundo ligero y corrompido, atrayéndole como por encanto al rededor de su humilde persona, teniendole suspenso de sus labios con el hechizo de su palabra, y arrojándole un homenaje á la verdad con la irresistible fuerza de su lógica elocuente.

M. de Ravignan nació en Bayona en 1793. Sus primeros años nada ofrecen de particular; y por ahora no se cuentan de él ninguna de aquellas anécdotas interesantes de que con mas ó ménos fundamento y verosimilitud, suele complacerse la admiracion pública en rodear la cuna de los grandes hombres. Sin embargo, no puedo pasar por alto una particularidad que conviene notar como de alta importancia para demostrar una verdad muy sabida por cierto, pero no bastante atendida, cual es la influencia de las madres en los destinos de sus hijos. La respetable madre de M. de Ravignan era una muger sobremana piadosa, que procuraba educar á sus hijos en el santo temor de Dios y en la práctica de las virtudes cristianas. Asi, despues de haberse observado ya la influencia que tuvieron la madre de Voltaire y la de lord Byron, podrá tambien notarse la que ejerció la madre de M. de Ravignan. Es preciso no olvidarlo: á la formacion del hombre intelectual y moral, contribuyen un sinnúmero de causas cuya influencia es tanto mayor, cuanto es mas continua, y cuanto mas encuentra nuestro entendimiento desprovisto de ideas, y nuestro corazon mas tierno para recibir todo linage de impresiones. Y he aquí por qué las madres son las que forman principalmente al hombre: he aquí por qué no pocas veces debe buscarse en ellas una de las principales causas de la direccion que toma en la carrera de la vida. Pero volvamos á nuestro objeto.

Por mas escasos que sean los pormenores que se tienen de la vida de M. Ravignan, sábese, sin embargo, que en su primera juventud, y mientras seguia sus estudios de abogado, conservaba en su corazon la enseñanza recibida en la casa de sus padres; y lo que es mas; procuraba ponerla en práctica, no queriendo que quedase estéril, como semilla arrojada en terreno pedregoso. Todos los que tuvieron el gusto de conocerle cuando seguia sus estudios, recuerdan todavia con placer la noble sencillez, los modales apacibles, la interesante modestia que formaban el adorno de sus elevados talentos, que se iban desenvolviendo cada dia mas con su aplicacion asidua y cons-

tante. Concluida su carrera, y habiendo obtenido el diploma de licenciado en derecho, recibióse de abogado en París, y empezó á ejercer su profesion con aquel lustre que habian prometido sus felices disposiciones. El abogado de veintidos años, que empezaba á grangearse una nombradía brillante, que se veia respetado de cuantos le rodeaban, que colocado en París miraba abierta ante sus ojos la doble carrera de la magistratura y de la política, ¿quién dijera que pudiese abrigar ni el mas remoto pensamiento de abandonar el mundo, de vestirse una humilde sotana, y de consagrar el resto de sus dias al Señor en la oscuridad del mas profundo retiro?

Crece todavía de punto la admiración cuando se sabe que lejos de frustrársele las bellas esperanzas de un brillante porvenir, se le fueron confirmando cada dia mas, y que apenas se habia presentado en la escena del mundo, las distinciones y los honores venian á favorecerle á porfía. A la edad de veintitres años fué nombrado consejero auditor, y no tenia mas que veintiocho cuando ocupaba ya el distinguido puesto de sustituto de procurador del rey en el tribunal del Sena. En ambos casos portóse de tal suerte, que no desmintió las esperanzas que se habian fundado mucho antes en las bellas disposiciones de su espíritu; y cuantos le conocian no abrigaban la menor duda de que el jóven juriconsulto iba á encumbrarse rápidamente á los primeros puestos de la magistratura.

Habria pasado un año desde su nombramiento para sustituto de procurador del rey, cuando la Gracia habia llevado á complemento la admirable obra que habia de desconcertar los livianos pensamientos de un mundo que no conoce otro brillo que el esplendor de una gloria pasajera, ni otros goces que los que alcanza á proporcionar un pedazo de oro. Difundióse de repente entre los amigos y conocidos de M. de Ravignan una noticia que los dejó fríos de asombro. El jóven magistrado habia hecho renuncia de su destino y habia entrado en el seminario. Su justificación y delicadeza en el ejercicio de sus funciones judiciales; la severa moralidad de su conducta privada, su estricto cumplimiento de los deberes religiosos, manifestaban ciertamente desde mucho tiempo, que M. de Ravignan abrigaba en su mente algo de mas grave y elevado de lo que suele acompañar á edad tan temprana y á posicion tan halagüeña; pero de aquí á renunciar completamente todas las ilusiones de un brillante porvenir, de aquí á entrar en un seminario y á sepultarse en el retiro para meditar y orar, habia una distancia inmensa, y pocos hubieran creído que M. de Ravignan la hubiese salvado tan pronto. Hizolo, sin embargo, y no alcanzaron á apartarle de su propósito todas las reconvenções que le dirigie-

ron hasta personas muy sábias y religiosas. He aquí lo que le escribia el procurador del rey, M. Bellard, contestando á la carta en que le habia enviado su renuncia, junto con la noticia de su resolución. “Mi querido Ravignan: Si yo, lo mismo que vos, no estuviese desengañado de las ilusiones humanas, vuestra carta me hubiera afligido profundamente, y sentiria sobremanera, para mí y para el mundo, la pérdida de un jóven que prometia ser el ornamento de la magistratura, y dispensar al país señalados servicios. Sentiria vivamente que vos mismo pusiéseis tan pronto fin á una carrera empezada con tan brillantes auspicios, y que lisonjeando noblemente vuestro orgullo, os hubiera ofrecido mil ocasiones de ser útil á la religion, á la sociedad y al rey, con la profesion de las buenas doctrinas y con una ilustrada distribución de la justicia. Pero por mas que me sienta inclinado á aplaudiros, por el disgusto que me inspira el espectáculo de demencia y perversidad á que asisto, creo, sin embargo, que debo en conciencia elevarme sobre esta especie de egoismo que me lleva mas bien á envidiar vuestra resolución que no á desaprobarla, é invitaros, mi querido Ravignan, á que mediteis de nuevo sobre ella. Pensad que es muy grave, que va á imponeros deberes muy austeros, muchas privaciones sobrehumanas, y que es menester que os veais bien seguro de plegaros á ellos, hoy, mañana, muchos años, para siempre, vuestra vida entera, sin quejas, y sobre todo, sin arrepentimiento.

“Por lo que á vos toca, si estais seguro de vuestra perseverancia, os considero muy feliz en salir de ese tumultuoso teatro, donde siento yo con demasiada frecuencia el tedio de la vida, para no apreciar en su justo valor la dulce paz del alma de que debe gozar el que favorecido de Dios, es capaz de vivir lejos de esa desenfundada escena de pasiones, de crímenes y de locura, tales que no creo se haya visto jamas cosa igual en ninguna época. Pero ¿no seria posible que en vuestra resolución cupiera tambien alguna parte al egoismo? A buen seguro que conquistando una posicion dichosa en que escapareis á todos los peligros, habreis sacado buen partido de las ventajas de la sociedad humana; pero ¿estais bien seguro de que no sacrificais á vuestro gusto algunos deberes?

“Yo venero en el fondo de mi alma á los héroes de la religion, que se consagran á esta vida de perfección y de continuos sacrificios, en la que pueden hacer tanto bien á sí mismos y á los demas, con tal que no tengan otras miras que las del cielo y de la caridad; pero un heroismo semejante solo puede dimanar de la gracia del Todopoderoso, pues que si el héroe da un paso atras, si vuelve á ser hombre, queda todavía ménos que hombre. Mi tierna y sincera

amistad, mi querido Ravignan, es quien me sugiere esas reflexiones; medítadlas bien: es posible que vuestra empresa espante demasiado mi imaginación, porque no me siento como vos, capaz de acometerla; como quiera, mi afección paternal me obliga á espresarme con tanta libertad. No combato vuestro designio; solo os invito á que le maduréis bien: el empeño no está contraído aún; pero si lo fuere algún dia, yo solo procuraré afirmaros en él, ansiando vivamente que en el nuevo estado hagáis tanto bien, como podeis hacerlo en el que vais á dejar."

Reflexiones tan graves y sentidas de parte de un amigo, y de un amigo tan respetable como M. Bellard, uno de los magistrados mas distinguidos que hayan honrado la Francia, natural era que produjesen en el ánimo del jóven Ravignan una impresión profunda. Iba á dejar el mundo, iba á renunciar una carrera brillante para entregarse, en la oscuridad del santuario, á la oración y al retiro; y si despues no tuviera bastantes fuerzas para proseguir el penoso camino que iba á emprender, ¿qué dirá el mundo? ¿cómo le será posible soportar la maligna sonrisa de la disipación y del vicio, que se gozarán en la derrota que en cierto modo sufriría el espíritu de abnegación cristiana? Así es que la sensible alma del jóven Ravignan se encontró vivamente afectada al leer las paternales advertencias de un hombre que le amonestaba con toda la efusión de su alma, de la gravedad del empeño que iba á contraer. Pero la gracia del Todopoderoso alcanza infinitamente mas allá de las fuerzas humanas. Confirmándose, pues, M. de Ravignan en su primera resolución, entró en el seminario de San Sulpicio. Permaneció allí un año, y pasado éste, abrazó el instituto de los jesuitas.

Los curiosos se han ocupado en averiguar las causas de este último paso; entrando con esta ocasion en cotejos y en conjeturas de que se abstendrá el que escribe estas líneas. En asuntos de esta clase es necesario mantenerse en prudente reserva; estos son secretos del interesado, y nadie puede lisonjarse de aclararlos con visos de probabilidad. Mejor diremos, son secretos de la Providencia, que hace del hombre lo que quiere conforme á sus insondables designios.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que la Compañía de Jesus pudo aplaudirse por adquisición tan preciosa; y se ve por aquí que la Compañía, salida de sus ruinas, conserva todavía el don que de antes le habia distinguido, y es el contar entre sus miembros hombres eminentes. El marqués de Pombal y el conde de Aranda no pensaban, á buen seguro, que en el primer tercio del siglo decimonono hubiesen de realizarse hechos semejantes. ¿Es tan escasa la prevision del hombre! Pero volvamos al intento.

Ya se deja suponer que el ilustre sustituto del procurador del rey, trocado en novicio de jesuitas, debia de escitar la curiosidad del público, y particularmente de cuantos tenían proporcion de verle de cerca. Pero M. de Ravignan no habia entrado en los jesuitas para captarse vana celebridad; su abnegación no era la de los filósofos antiguos, que se ocultaban para ser buscados; era una abnegación enteramente cristiana, que abraza la cruz y sigue á Jesucristo. Así es que presentando el modelo de las virtudes de un verdadero religioso, procuró ocultarse cuanto le fué posible. Y esto con sinceridad, con espíritu de humildad cristiana, dejando á la Providencia el cuidado de ponerle algún dia cual luz sobre el candelabro.

Rígido observante de las reglas de su instituto, como el menor de sus hermanos, parecia haberse olvidado completamente de que habia vivido en el mundo ocupando una posición distinguida. Así es que al paso que escitaba la admiración de todos, se grangeaba tambien su afectuoso aprecio, adquiriendo al propio tiempo sobre sus compañeros, aquel ascendiente suave y decisivo que solo puede nacer de una superioridad formada de un talento elevado, de una índole amable, y de una virtud acrisolada. Nombrado *admonitor* al cabo de poco tiempo de su entrada en el noviciado, aprovechó sus felices disposiciones para contribuir al bien de sus hermanos, ejerciendo sus funciones cual era de esperar de su prudencia y de su celo. Su mejor consejero era la oración; allí iba á beber las santas inspiraciones, no solo para la dirección de su conducta, sino tambien por lo que le incumbia de la de los otros. Al pié de la cruz aprendia el sublime enlace de la prudencia de la serpiente, con la sencillez de la paloma.

La verdadera sabiduría, aquella sabiduría que reconoce por principio el temor de Dios, y que está destinada por la Providencia para producir frutos de salud, no entra en un alma malévola, segun la espresion del sagrado testo; semejante luz no se alberga en el entendimiento cuando no está puro el corazón. Por esta causa se preparaba M. de Ravignan con el ejercicio de todas las virtudes, antes de acometer la difícil tarea de los estudios eclesiásticos, que debian habilitarle para el ejercicio del santo ministerio. Pero cuando llegó la hora de empezar su obra, se dedicó á esa clase de estudios con todo aquel ardor de que es capaz una alma grande, que guiada por una inspiración sublime, se adelanta generosa hácia el cumplimiento de un alto destino. La Sagrada Escritura, los Santos Padres, los Concilios, la historia eclesiástica, formaban el objeto de sus asiduos trabajos; mostrando en su nueva tarea la misma laboriosidad, el mismo ardor, la misma constancia que habia manifestado en el es-

tudio de la jurisprudencia. Que los jesuitas tuvieron en M. de Ravignan un alumno muy aprovechado, y que al ser promovido á profesor se grangeó el aprecio y la admiración de sus discípulos, inútil es decirlo, y los lectores lo habrán adivinado desde que le habrán visto entrar en la Compañía. Voy, pues, á fijar la atención sobre el punto de vista bajo el cual ha considerado el padre Ravignan sus estudios eclesiásticos, y cuál ha sido la dirección que ha creído conveniente darles.

El dogma de la Iglesia católica es inmutable, porque este dogma es la verdad, y la verdad es siempre la misma. La moral de la Iglesia es también inmutable, porque esta moral es el dogma aplicado á los actos humanos; y así es que está también comprendida en el dogma. Depósito sagrado que la Iglesia ha recibido de Jesucristo, y que ella no puede enagenar ni mutilar; depósito que ha de comunicar incesantemente á los fieles, transmitiéndole de generación en generación hasta la consumación de los siglos. Por esta causa la Iglesia no puede transigir en materias de dogma ni de moral, y los doctores y los oradores católicos no pueden, sin abdicar de este carácter, enseñar á los pueblos otra doctrina que la misma que se ha enseñado desde el principio de la Iglesia. Esto es muy cierto; pero también lo es, que la misma doctrina es susceptible de exposiciones muy diferentes, sobre todo cuando se trata de hacerla plausible á los ojos de la razón, y de acomodarla á la capacidad y aun al gusto de cada época. San Cipriano, San Agustín, San Juan Damasceno, Santo Tomás de Aquino, todos son doctores católicos, todos esplican y apoyan la doctrina de la Iglesia; pero no obstante, la diferencia entre sus escritos es incontestable, no solo por lo que toca al estilo que es propio de cada época y de cada autor, si que también con respecto á las razones que alegan, y al punto de vista bajo el cual presentan la verdad de la doctrina de la Iglesia. Andando el tiempo, han ido apareciendo otros doctores insignes que han consagrado su vida á la defensa de la fé católica, y en todos se ha podido observar el mismo sistema de conducta, esto es, de acomodarse á las necesidades y al gusto de cada época; y no transigiendo en puntos de dogma, no haciendo al error concesiones sacrílegas, pero sí empleando en pro de la causa de la verdad, todos los medios que se empleaban de la parte opuesta en apoyo del error.

Infiérese de aquí la necesidad que tienen también los escritores y oradores de nuestro tiempo de imitar la conducta de sus predecesores; y que por tanto deben procurar colocarse en el verdadero punto de vista, para apreciar debidamente el espíritu y las tendencias del siglo en que viven; conociendo los elementos que abriga, así

buenos como malos; aquellos para aprovecharlos en la ocasión oportuna, éstos para que no se ignore donde debe aplicarse el remedio. He aquí lo que ha procurado hacer M. de Ravignan. ¿Queréis persuadirlos de la exactitud de esta observación? leed los temas sobre que giran sus discursos, ved las proposiciones que asienta, las razones en que las apoya, y notareis que él ha comprendido el espíritu del siglo, y que conoce de qué manera debe lucharse contra ese espíritu con las armas del espíritu de Dios.

En su primera conferencia tenida en 12 de Febrero de 1837, ya manifestó el orador su alta penetración, cuando se propuso examinar las dos cuestiones siguientes: ¿Cuáles son los elementos favorables al Catolicismo, que abriga la sociedad actual? ¿cuáles son los contrarios? He aquí dos cuestiones grandes, inmensas, á la par que difíciles y delicadas: cuestiones sobre que debe fijarse la primera mirada del escritor y del orador cristiano; pues que de ellas depende nada menos que el acierto en la elección del camino que ha de seguir; cuestiones que no pueden resolverse por el mero estudio de la historia, porque la historia de lo presente no existe aún, y lo que pasa á nuestros ojos, es muy diferente de lo que vieron nuestros mayores; cuestión que demanda nada menos que una atenta observación de los hechos que nos rodean, una apreciación tranquila de los acontecimientos que se verifican, sin escasear ni el bien ni el mal, sin transformar en realidades lo que no es mas que un temor ó un deseo. Cuestiones hay que honran, no diremos á quien las resuelve, sino á quien solamente las propone; porque una de las pruebas de la superioridad, es colocarse de golpe en el verdadero punto de vista para la contemplación de los objetos.

En su segunda conferencia tenida en 19 del propio mes, asentó M. de Ravignan esta proposición: *el dogma del pecado original es la verdadera base de la filosofía de la historia.* Proposición digna de ser como el punto de partida, de seguir inmediatamente á la propuesta en la conferencia antecedente, en que el orador se había como preguntado: ¿dónde estoy? ¿qué camino debo seguir para llegar al término que me propongo? El anhelo, ó si se quiere el prurito de este siglo, es el de las investigaciones filosófico-históricas. Hay en esto sin duda algo de huecco, como en todo lo que pertenece á una época en extremo ligera y movediza; pero en el fondo se descubre un desengaño, fruto de dolorosos escarmientos, un deseo inspirado por necesidades apremiadoras, un profundo sentimiento del vacío que abrigan en su corazón la sociedad y la ciencia. Sin duda que desde la cátedra del Espíritu Santo, no se debe halagar las tendencias y el gusto del siglo, en lo que tengan de frívolo y de

nocivo; pero ¿por qué el orador que se encuentra con un auditorio que no respira otro ambiente que el de la época, no deberá colocarse al nivel de sus oyentes, trayendo las verdades católicas al terreno donde puedan ser escaminadas y desenueeltas del modo mas á propósito, para que haciéndose primero plausibles y agradables al espíritu, produzcan con el tiempo pingües frutos?

Así ha considerado M. de Ravignan su posición de predicador evangélico en presencia de un siglo, que sumergido en la incredulidad legada por el anterior, está sediento, sin embargo, de encontrar la verdad; y se afana en buscarla en los inextricables laberintos de la filosofía. Salirle al paso en medio de este mismo laberinto, presentarle el hilo misterioso para sacarle de él y conducirle por suaves senderos á los brazos de la religion, he aquí lo que debe hacer un orador cristiano, que se encuentra en presencia de lo que se llama gran mundo, y que con razon ó sin ella presume de ilustrado. Y no se crea que M. de Ravignan procure deslumbrarle con la ostentacion personal, no se crea que olvide que uno de los milagros del Altísimo en la conservacion y propagacion de la fé cristiana, es *confundir lo fuerte con lo débil*; no lo olvida, por cierto, el hombre que vive en el mas profundo retiro, que sale de su humilde celda y se endereza al púlpito sin otros ausiliares que un entendimiento lleno de luz, que un corazon rebosante de caridad y de celo, y alentado con la esperanza en la omnipotencia de Dios, en cuyas manos están los corazones de todos los hombres. Y sin embargo de esta sencillez apostólica, logra reunir en torno de su cátedra lo mas escogido de la capital, viéndose junto con los obispos y el nuncio del Papa, Chateaubriand, Hammequin, Berryer, Lamartine, Cofarelli, Dupin, y Guizot.

Sin duda que el asombroso concurso que asiste á los sermones y conferencias de M. de Ravignan, es debido en parte á la curiosidad que excita naturalmente un orador distinguido; pero sin hacernos ilusiones sobre la verdadera situacion de las cosas, y sin pretender atribuir al espíritu religioso lo que pertenece á la curiosidad y á la moda, menester es confesar que hay en el fondo algo de sólido y consolador, y que las palabras del nuevo apóstol, no caen todas en terreno estéril. Mas de mil ochocientos hombres, la mayor parte jóvenes, recibieron la sagrada comunión en los ejercicios que se hicieron en la iglesia de Nuestra Señora de Paris en la última cuaresma, bajo la direccion del padre Ravignan: este hecho por sí solo dice mas que todos los comentarios.

Es sumamente consolador el ver que la religion vuelve á recobrar su ascendiente sobre los espíritus, y lo es todavía mas, cuando

esto se verifica con respecto á jóvenes pertenecientes á aquellas carreras que forman los hombres destinados á ser dueños un dia de los destinos de la sociedad. De esta clase eran en su mayor parte los jóvenes de que acabo de hablar, cursantes de leyes, de medicina, alumnos de la escuela politécnica, de la normal, literatos, empleados en las administraciones públicas; en una palabra, un escogido conjunto que desparramado dentro de pocos años por toda la sociedad francesa, y ocupando una posición influyente, no podrá menos de ser muy útil á la estension y arraigo de las creencias y prácticas religiosas.

No me estiendo mas sobre este particular, porque no me propongo tocarlo sino por lo que tiene relacion con M. de Ravignan: fácil me será, sin embargo, presentar sobre este asunto detalles muy interesantes; porque hallándome en el mismo terreno de los hechos y en posición bastante favorable para escaminarios de cerca, podré consignar algunos tan preciosos como poco conocidos, con respecto al movimiento religioso que se realiza en Paris en un círculo escogido de jóvenes. Este número no es por cierto tan crecido todavía como fuera de desear; pero aumentándose como se aumenta de continuo, y en una direccion no solo de fé, sino tambien de piedad, ofrece á los ojos del observador un verdadero milagro de la gracia.

Segun todas la apariencias, una buena parte está reservada á M. de Ravignan, en el adelanto y la consumacion de la grande obra de la Providencia; y sin duda que ya en este mundo Dios quiere recompensar abnegacion tan sublime, con los inefables consuelos que le proporcionará la contemplacion del fruto de sus palabras. Luego de haber entrado en la Compañía, quiso M. de Ravignan desasirse de todos sus bienes; y cuando el escribano hubo estendido el acta que los transmitia á sus herederos naturales, se dice que exclamó: *Gracias á Dios, ya no tengo nada, ya soy libre*; pero en él se han verificado al pié de la letra las palabras del Divino Maestro, de que quien deja por Dios todas las cosas, recibe el céntuplo de lo que ha dejado. Cuanto mas pobre y mas humilde se presenta, mas grande parece á los ojos de todos; y su completo desasimiento de las cosas terrenas, hace mas fecunda su palabra, que todo el fausto y ostentacion de que pudieran rodearle las grandezas humanas.—Paris, 28 de Mayo de 1842.



... que en el momento de la publicación de este libro me encontraba en París, y me había ocupado de la historia de la literatura francesa...

INSTITUTO HISTORICO DE PARIS.

Estos últimos días se me ha ofrecido la oportunidad de asistir á las sesiones del congreso histórico (1), que empezó el 15 de Mayo próximo pasado y terminó el 12 del corriente Junio.

Este congreso es el octavo de los que ha celebrado la sociedad literaria, apellidada *Instituto histórico*, y de la que tiene el mundo literario noticia. Escusado es decir que aproveché la ocasión que se me brindaba; tanto mas, cuanto en el programa del congreso noté una porcion de cuestiones históricas, filosóficas y literarias, á cual mas importantes. La primera sesión á que me fué posible asistir, era para mi tanto mas grata, cuanto al interés del punto que debía ventilarse, se añadía la circunstancia muy particular de que un español célebre en la literatura y en la política, debía leer una memoria en francés, sobre la cuestion siguiente: *¿Cuál es la influencia del espíritu del siglo actual sobre la literatura?* Fácilmente se concibe la curiosidad que debía de inspirar á los españoles una sesión semejante, cuando el autor de la memoria era el Sr. Martinez de la Rosa.

No entraré en pormenores sobre el mérito del mencionado discurso (2); es regular que lo inserten traducido los periódicos de España;

(1) El Sr. Balmes pasó á Paris en el mes de Abril de 1842, con el fin de revisar la traducción que se había hecho del primer tomo del *Protestantismo comparado con el Catolicismo*, aun antes que se publicase el segundo. En Paris recibió los distinguidos homenajes de las personas mas notables; y despues de visitar á Londres, regresó á Madrid.

(2) Esta brillante producción del Sr. Martinez de la Rosa, se publicará en el núm. 33 de la revista religiosa, científica, literaria y amena, que se publica en esta capital, titulada: "La Civilización."—(Notas del editor.)

y el público sin duda le hará la justicia que le hizo el congreso, interrumpiendo repetidas veces al orador con ruidosos aplausos. Solo diré que el autor tuvo el cuidado de dejar en buen puesto el honor de la literatura española; y todavía mas, en una hermosa improvisacion con que rebatió á cierto orador que se habia permitido contra Lope de Vega acusaciones injustas, tuvo la habilidad de hacer sentir á los franceses lo mucho que nos deben, así ellos como otras naciones de Europa; pero diciéndolo todo con tal circunspeccion y miramiento, que las mismas verdades que en boca de otros hubieran sido quizás algo duras, saliendo de la suya eran aceptadas y aplaudidas.

Abrióse en seguida la discusion, y empezaron á hablar diferentes oradores en varios sentidos, conforme á la diferencia que se echaba de ver en sus opiniones religiosas, políticas y literarias. Bien que la cuestion se brindaba de suyo á dejarse trasladar á otro terreno diferente del literario, el Sr. Martínez de la Rosa no salió nunca de él; y colocado en el centro de la cuestion, si bien tocaba de paso la sociedad, las ideas religiosas, la política; en una palabra, todo cuanto debe figurar precisamente cuando se trata del espíritu del siglo, no olvidó que estaba hablando á un congreso histórico, y no á una asamblea política. Pero no imitaron su conducta algunos de los oradores que le siguieron, pues que insistiendo todos en el mismo pensamiento que habia sido el dominante en el discurso del Sr. Martínez de la Rosa, á saber: *la literatura es la expresion de la sociedad*, de tal manera les llamó la atencion esa sociedad, que no pocas veces olvidaron la literatura. La religion, la política, la industria; en una palabra, todas las ideas y todos los intereses que se agitan y que luchan en el mundo, hicieron una especie de irrupcion en aquel pacifico recinto, donde al parecer no debiera oirse otra cosa que los templados acentos de las ciencias y de las letras.

Que el siglo era un caos, decian unos; que era ecléctico, sostenian otros; estos ponderaban su fecundidad; aquellos se lamentaban de su esterilidad completa; quien decia, por ejemplo, que en la actualidad era imposible el poema épico, á mas de otras causas, por falta de héroe; quien encontraba ese héroe en el pueblo, afirmando que este era el héroe cantado por todos los poetas y los altos genios del presente siglo.

Por manera, que en buena parte de la discusion, allá se estaba arrumbada la cuestion literaria, tal como la habia dejado el Sr. Martínez de la Rosa, y de todo se trataba, menos de lo que al parecer debia considerarse como la cuestion dominante. Bien conocia ese extravío el señor presidente, que advertia á menudo á los oradores

que se sirviesen ceñirse á la cuestion, conformándose á lo que prescribe el reglamento. Vanos esfuerzos: los oradores protestaban de su deseo de atenerse á la observancia del reglamento; pero como se repitió una y mil veces que la literatura era la expresion de la sociedad, claro es que en tratándose de literatura, no dejaban los oradores de tener sus visos de razon, pretendiendo que no podian tratar de lo uno sin hacer algunas escursiones en lo otro. Se ventilaba ademas, cuál era la influencia del espíritu de este siglo sobre la literatura, y escusado era el pensar que todos los oradores habian de mantenerse en la línea trazada por el mesurado autor del primer discurso, y así se permitian, no solo las discusiones políticas, sino tambien una que otra descarga contra partidos y sistemas, que si no iban espresamente nombrados, bien podian los oyentes señalarlos con el dedo.

No se crea, sin embargo, que trate yo de culpar á los oradores por haber dado á la discusion un giro semejante. No tienen ellos la culpa, sino que ésta debe echarse sobre la cuestion misma, vaga de suyo y casi indefinible. Lo mas difícil que habia en ella, era el fijarla; porque para fijar una cuestion, no basta establecerla en pocas palabras y en términos que de puro usados parezcan estar al alcance de todo el mundo, sino que es preciso definir esos términos, y entenderse bien sobre ellos los contrincantes, si no quieren gastar inútilmente el tiempo sin aclarar nada. En mi juicio, ninguno de los oradores reparó bastante en esta necesidad: todos sentian lo difícil, lo vago, lo aéreo, por decirlo así, de la cuestion; y en verdad que no era menester mucho trabajo para advertirlo, cuando se veia la discusion flotando, por decirlo así, á merced de los vientos. Pero ninguno de ellos hizo un esfuerzo suficiente para salvar esa dificultad, ninguno insistió, como era debido, en remover el primer obstáculo, que todo lo oscurecia y confundia. Achaque comun á la mayor parte de los escritores y oradores de nuestra época, aficionados en demasia á considerar en globo los hechos, sin descender al análisis indispensable para conocerlos en detalle: conocimiento sin cuyo requisito es imposible dar un paso en ninguno de los ramos científicos y literarios. El análisis á la manera de Condillac, es insuficiente y aun dañoso; porque empeñado en aislarlo todo, lo desconcierta y lo corta todo. Pero el método seguido por otros escritores, que consiste en no definir nada, en no fijar nada, en no tomarse la pena de aclarar el sentido de las palabras mas importantes, mirarlo todo en grupo, ensanchando de tal manera las cuestiones, que todo lo abarquen, aun lo mas remoto del objeto de que se trata, es otro esceso condenado por la razon y el buen sentido, y que puede conducir las ciencias y las letras á un verdadero caos. Está muy bien

que en tratándose de apreciar el mérito de una obra perteneciente á aquel género de belleza, de sublimidad, que mas bien se siente que no se conoce, no se descienda á pormenores, á un examen prolijo de todas las partes, que al fin acabaria por sofocar los movimientos del corazon, inhabilitándole para estimar debidamente su objeto; pero cuando lo que se propone es una cuestion filosófica, cuando los mismos términos en que viene entablada reclaman un análisis detenido, ¿por qué no emplearle? ¿por qué no tomarse la pena de definir las palabras antes de disputar sobre su sentido?

He aquí lo que faltó, á mi entender, en la discusion indicada. Bien es verdad que esto hubiera reclamado quizá mayor trabajo, pero es indudable que se hubiera ahorrado tiempo, y sobre todo, se habria dado algun paso mas para llegar al despejo de la incógnita.

Se preguntaba cuál era la influencia del espíritu del siglo actual en la literatura. Yo creo que nada se puede adelantar para resolver acertadamente la cuestion, si no se sabe de antemano lo que se entiende por *literatura* y por *espíritu del siglo actual*. Además, hasta convendria tambien ponerse de acuerdo sobre lo que se entiende por *influencia*. De suerte, que tenemos las palabras *literatura*, *siglo actual*, *espíritu*, *influencia*, todas á cual mas confusas y oscuras, cuya aclaracion es necesaria, absolutamente necesaria, no diré para resolver cumplidamente la cuestion, pero ni aun para hablar sobre ella con algun acierto.

He dicho que esas palabras eran á cual mas oscuras y confusas, y voy á demostrarlo.

En primer lugar ¿qué se entiende por *literatura*? Se dijo en la discusion que la literatura era la expresion de la sociedad. Claro es que no puede esto tomarse como una verdadera definicion, y que lejos de espesar la naturaleza del objeto de que trata, indica cuando mas una de sus cualidades. De otra suerte, siendo muchas y muy varias las expresiones de la sociedad, la literatura se confundiria con todas ellas. La legislacion de un pais, sus formas políticas, y otras cosas semejantes, espesan la sociedad; y sin embargo, no son la literatura. La arquitectura espresa tambien la sociedad, pues que como ha dicho un escritor con tanta profundidad como ingenio, la arquitectura es la *historia de los pueblos escrita en letras mayúsculas*. La pintura espresa tambien la sociedad, pues que de ella se podria decir una cosa análoga á lo que se ha dicho de la arquitectura. No basta, pues, decir que la literatura es la expresion de la sociedad; esta proposicion señala, si se quiere, uno de sus caracteres; nos da, por decirlo así, un rasgo de su fisonomía, pero no nos retrata esa fisonomía en su totalidad, no nos la hace conocer completamente.

Se dijo tambien que la literatura era la forma del pensamiento. Esta proposicion puede admitirse hasta cierto punto, porque siendo de suyo general y vaga, se presta á un sinnúmero de esplicaciones y sentidos. Pero tomada como una definicion, es tan incompleta como la que se acaba de desechar. En efecto, ¿qué significa *forma del pensamiento*? Sin duda que no es mas que aquello que sirve, por decirlo así, de vestido al pensamiento; en otros términos, es la expresion del pensamiento, pues que si el pensamiento se reviste de esta ó aquella forma, es para darse á conocer, para ser espresado. Ahora bien: si de esta suerte definimos la literatura, podrá decirse que el lenguaje es la literatura, que el gesto es la literatura, que las artes son literatura; en una palabra, todo lo que espresa el pensamiento del hombre, vendrá comprendido bajo esta palabra. Se dirá que cuando se emplea aquí el término *forma*, no se le toma en esta acepcion; pero entonces será necesario determinar esta misma acepcion, fijarla de un modo inequívoco, es decir, que se habrá definido una palabra por otra, que á su vez necesitaba de otra definicion, por cierto nada fácil.

Con el empeño de sacar la literatura del círculo en que parecia encerrarla la definicion antecedente, se dijo tambien que la literatura comprendia un espacio mas vasto, que abarcaba todos los pensamientos y sentimientos del hombre, que era la expresion de sus necesidades, de sus deseos, y hasta de sus caprichos; que no se limitaba á ser el órgano de este ó de aquel individuo, de esta ó de aquella clase, sino que era como el idioma de la sociedad entera, el espejo donde ésta reflejaba; lo que al fin no venia á ser otra cosa que repetir y amplificar lo mismo que se ha impugnado ya mas arriba, á saber, la definicion de la literatura, diciendo que era la expresion de la sociedad. Esta manera de definir la literatura, es ciertamente muy acomodada á cierta clase de espíritus que gustan de generalidades; pero tiene el inconveniente de abrir la puerta á toda clase de discusiones en que no se fija nada. El Sr. Martinez de la Rosa, si bien insistió sobre este pensamiento, estuvo muy lejos de adoptarle como una verdadera definicion. Desde el comienzo de su discurso trató con cierto desden esa expresion favorita de la época, diciendo: *Si como se ha repetido tantas veces (maintes fois)*, la literatura no es mas que la expresion de la sociedad, &c.

Paréceme que si debiera yo tratar una cuestion semejante, empezaria por hacer algunas distinciones, que si no allanaban el camino, quizás podrian desembarazarle algun tanto. El mejor medio de dar con la verdad en casos semejantes, esto es, cuando se trata de saber el verdadero significado de alguna palabra, es atenerse al sentido

que comunmente se le da, no precisamente en la esfera científica, sino entre la generalidad de los hombres. Porque conviene no perder de vista que quien determina el sentido de las palabras hasta en sus mas delicadas diferencias, hasta en sus mas imperceptibles modificaciones, no son los sábios, sino el comun de los que hablan la lengua. Hay en esto un fenómeno singular que hasta raya en misterioso, pero cuya existencia es indudable para quien se haya dedicado alguna vez á ese linage de observaciones. Las palabras, tales como se las emplea comunmente, encierran un fondo de verdad y de exactitud, que asombra. No pocas veces caemos en error por empeñarnos en darles un sentido diferente del que les da lo que llamamos vulgo; son, por decirlo asi, como una moneda corriente, acuñada de tal manera, que bastando para el uso comun y para distinguirla á la primera ojeada quien la necesite, cuando se quiere examinarla con ojos científicos, se le atribuye no pocas veces un valor que no tiene. Sucede á menudo á los que quieren apartarse de la significacion comun de las palabras, lo que á ciertos anticuarios, que preocupados de su erudicion y saber, se imaginan descubrir en lineamientos medio borrados, los signos que caracterizan paises remotos y épocas lejanas.

Ahora bien, ¿en qué sentido suele tomarse la palabra literatura? ó mejor diremos, ¿á qué objetos se la aplica? y esta segunda cuestion es seguramente mas á propósito que la primera, pues que nos acontece á menudo que estando vacilantes sobre el verdadero sentido de una palabra, inciertos y dudosos sin saber cómo fijarle, si se llega á una aplicacion, si se hace uso de la palabra para designar ó calificar un objeto, decimos desde luego que está bien empleada ó no, y eso de golpe, sin rodeos, sin exámen, no mas que por una especie de instinto, y casi siempre con admirable acierto. Sucédenos lo mismo que cuando hemos visto un hombre, y nos vemos precisados á señalar los rasgos de su fisonomía: quizás no acertamos si quiera á señalar uno; pero si se nos ofrecen á la vista diferentes personas, diremos siempre con toda seguridad, si alguna de ellas es ó no la que antes habíamos visto, y cuya fisonomía no acertábamos á caracterizar.

Hagamos aplicacion de esta doctrina á la cuestion que nos ocupa. Sabido es que la palabra literatura, no se aplica nunca sino á la expresion del pensamiento de palabra ó por escrito; asi, todo lo que salga de este circulo, no viene comprendido en la voz literatura. Tampoco se comprende en esta palabra lo que solo tiene relacion con las ciencias propiamente dichas, es decir, lo que se endereza á la pura inteligencia. Un ejemplo lo hará mas sensible: tómese

se una obra de matemáticas, de ciencias físicas, de metafísica y hasta de ciencias morales; ¿bajo qué aspecto entra esa obra en el circulo de la literatura, y se sujeta al tribunal literario? Mientras se trata de examinar el valor intrínseco de la obra bajo el aspecto puramente científico, es decir, mientras se fija únicamente la atencion sobre el producto de la inteligencia, las proposiciones que se asientan, los principios en que se fundan, los razonamientos con que se apoyan, las consecuencias que se deducen, en nada de esto se entremete la literatura, se reconoce incompetente; y nadie dirá que examinada la obra bajo dicho punto de vista, se la considere en sentido literario. Pero se pasa á examinar el lenguaje, el mérito del estilo, la parte de belleza, de interés de la obra, entonces hemos entrado ya en el terreno de la literatura; así es que decimos que tal obra tiene un excelente mérito científico, pero que es miserable bajo el aspecto literario; y que cuando se reúnen las dos circunstancias, el fondo de la ciencia y la manera agradable ó interesante de presentarla, decimos que el escritor se ha manifestado tan sábio como buen literato. ¿Quién impedia que Buffon hubiese publicado sus obras llenas de datos científicos y de observaciones filosóficas, pero sin el interés de los cuadros, sin la belleza de las descripciones, sin la elegancia de su estilo, sin el encanto de su elocuencia? Entonces tuviéramos en Buffon un excelente naturalista y un mal literato. La ciencia le debería mucho; la literatura nada.

De estas consideraciones se infiere, que la literatura comprende la expresion del pensamiento hablada ó escrita; pero que no es esto lo que la constituye, sino el ser considerada esta expresion, no precisamente en cuanto se dirige al puro entendimiento, sino en cuanto es bella, ó sublime ó interesante; en una palabra, en cuanto de un modo ú otro afecta el corazon ó la fantasia.

Fácil me fuera desenvolver este pensamiento, haciendo de él innumerables aplicaciones; pero como no es este el lugar de hacerlo, dado que me alejaria del objeto que me propongo, me basta haber presentado esta indicacion, si quiera para que no pueda decirse, que combatiendo las opiniones ajenas, he mantenido la mia en cautelosa reserva para que no pudiese ser atacada.

Pasado á las otras palabras que entran en la cuestion que nos ocupa, diré que si no era fácil determinar lo que se entiende por literatura, quizás lo fuera menos todavía fijar el verdadero sentido de las demas. En efecto, se habla de espíritu del siglo actual: ¿qué es este espíritu? ¿qué es este siglo? Si tomamos la palabra *espíritu* en su acepcion mas óbvía, atendido que aquí se la emplea en sentido metafórico, debernos decir que espíritu del siglo es el

principio que hace mover el siglo, ó bien el conjunto de causas, que combinadas entre sí, y dando impulso al siglo, le comunican cierta tendencia principal que eclipsa y domina todas las otras. Pero ahora, para determinar este principio, para señalar este conjunto de causas que se combinan y se aunan, es necesario que se sepa qué es el siglo actual, y á qué país nos referimos, de qué época tratamos, porque es necesario confesar que este siglo, jóven como es todavía, pues no ha llegado aún á la mitad de su carrera, ha presentado ya fases muy diferentes. Francia, Alemania, Inglaterra, España, Italia, son países todos importantes en el mapa de Europa, todos reclaman consideracion cuando se quiera examinar el espíritu del siglo actual, y sin embargo, en todos estos países la situacion de los espíritus es muy diferente; no solo por lo que toca á la índole y al carácter propios de cada nacion, sino tambien por lo relativo á las doctrinas y á la tendencia de los ánimos, así en el orden religioso, como en el social, en el político, en el científico y literario.

Pero se nos dirá: si quereis comprender un sistema, colocaos en el centro; entonces, abarcando de una ojeada todo el conjunto, no encontrareis las partes tan anómalas y discordantes. Pero yo preguntaré: ¿dónde está ese centro? ¿es la Francia? A buen seguro que no le permitirá tal dictado la Alemania, que ufana de lo que ella apellida su filosofía, pretenderá ser el verdadero centro, la fuente de la inteligencia europea, la piedra de toque del espíritu del siglo. Añadirá que ella es quien inspira á la Francia, quien reanima su filosofía, quien le ha dado su Cousin y su La-Mennais. Si os volveis de parte de la Alemania, y reconocéis allí el centro de Europa, la Francia protestará contra semejante preferencia, diciéndoos que una idea no se generaliza en el mundo civilizado hasta que ha recibido de la inteligencia francesa un sello humanitario y cosmopolita: que ella es la encargada de llevar á cabo todas las revoluciones que cambian la faz del mundo; que su lengua se ha difundido por todos los países del orbe, ejerciendo en cierto modo las funciones que en otro tiempo cupieron á la latina; os dirá, en fin, que el fuego y el entusiasmo que distinguen á la nacion francesa, son lo mas á propósito para hacerla servir como de corazon al mundo civilizado; corazon de donde se comunica á las otras partes el calor y la vida.

Y ¿creéis, por ventura, que la Inglaterra se mantendrá fría espectadora en la contienda? ¿ella, que dirá haber precedido á todas las demas naciones de Europa en la conquista de la libertad política, haber sido la primera que planteó el sistema de tolerancia, la que ha dado el vuelo á la industria y comercio, produciendo con este impul-

so una revolucion social, cuyas consecuencias son incalculables?

Sea de esto lo que fuere, supongamos, para salir de embarazos, que la Francia se considere como el centro del mundo civilizado, y que nos propongamos conocer por este medio el espíritu del siglo. Hecha esta suposicion, todo al parecer se allana, y ya no queda mas que echar una ojeada sobre la Francia, para formarse idea del espíritu del siglo. Vana esperanza: una sola pregunta va á desconcertarlo todo, á disipar todas las ilusiones. En Francia, preguntaré, ¿quién es el siglo? ¿dónde está? ¿quién lo representa? Recorred la religion, la política, la ciencia, la literatura, los intereses materiales; preguntad á todos los partidos, á todas las escuelas, ¿dónde está el siglo? ¿quién lo representa? Todos pretenderán que está entre ellos, que ellos son sus únicos representantes, sus legítimos apoderados. De suerte que no parece sino que el siglo es un ser misterioso, que se complace en mantenerse oculto, en mostrarse ambiguo, teniendo como asalariados un sinnúmero de agentes que pretenden hablar y obrar en su nombre. Preguntad á los partidos que están en el poder, y os dirán que todo cuanto en torno de ellos se agita, todo lo que se les opond, todo es absurdo, todo es incalificable, un verdadero anacronismo; pues que ó pertenece á los siglos pasados, ó debe reservarse para los venideros. Preguntad á los partidos que pretenden el poder, y os dirán que ellos son los hombres del siglo: todo lo que se hace fuera del círculo de sus ideas, todo lo que se edifica fuera del recinto por ellos señalado, todo es flaco, perecedero, sin porvenir, porque el espíritu del siglo, es decir, el suyo, no lo consiente, lo resiste, y á no tardar ha de levantarlo por los aires como el soplo del viento un monton de arena. Remontaos á la ciencia, entrad en su esfera mas elevada, en aquella esfera en que examina las cuestiones mas altas, en que se ocupa de lo pasado y de lo presente, arrojándose con atrevido vuelo á penetrar en las profundidades del porvenir. Encontrareis en primer lugar esa filosofía importada de Alemania, que predicando su alianza con el cristianismo, pero con un cristianismo sin base, sin dogma, sin forma alguna, pretende poseer el secreto de los destinos de la humanidad. Hasta ella nadie habia comprendido la marcha de los acontecimientos, nadie habia alcanzado fijar los destinos del humano linage, nadie habia señalado el sendero por donde se encaminaba; ella sola es el siglo, ella sola le representa, ella sola comprende el verdadero sentido de las pomposas palabras *libertad, igualdad, tolerancia, humanidad*, solo ella *presiente el porvenir*: ese porvenir grande, feliz, poético á que se abalanza con los brazos abiertos, con la luz en la frente y la esperanza en el corazon. A sus ojos, es nada todo lo que

no es ella: el Catolicismo es cosa que ya pasó, que murió al aparecer el protestantismo, que no ejerce ninguna influencia sobre los espíritus, que de nada sirve en el curso de los acontecimientos, casi indigna de ser mentada actualmente: tanta es su pequeñez, su esterilidad, su nulidad. El protestantismo, objeto de algún mayor miramiento, quizás por aquella especie de respeto natural que inspiran siempre los padres aun á los hijos mas desnaturalizados, es, sin embargo, una escuela caduca, buena para una época de transición, pero absolutamente incapaz en la época presente para contribuir en lo mas mínimo á la grande obra del porvenir. La filosofía denominada Ecléctica, bien que iniciada también en los principios, en los misterios de los filósofos alemanes, no ha comprendido tampoco su misión; ha aceptado un respeto hipócrita por alguna de las tradiciones establecidas, y distinguiendo la religion de la filosofía, ha olvidado el alto descubrimiento que acaba de hacer la ciencia, á saber, que el cristianismo no es mas que una especie de ramo de la filosofía, que no tiene de divino mas de lo que á esta le plugiere otorgarle, y que si quiere conservar su existencia, le es preciso acomodarse resignado á la forma que ella le señalare, absorbiéndose la religion en la filosofía como las aguas de un rio en la inmensidad del océano.

Ahora bien: esta filosofía tan llena de orgullo y pretensiones, que así se levanta en juez único de todo lo presente y lo pasado, que así se ostenta cual un Dios leyendo el porvenir; esa filosofía que desgraciadamente tanto ruido mete en la literatura, y que en los rangos de ésta ocupa no pequeña parte; esa filosofía, repetiré, ¿es el siglo en Francia? ¿es ella la que representa el espíritu del siglo? Quien rechaza todas las tradiciones mas venerandas, quien desprecia todas las instituciones existentes, quien pretende vivir en un porvenir que nadie conoce, y ella menos que nadie, puede expresar el espíritu de una nacion que por lo mismo que existe, por lo mismo que tiene elementos de vida, no puede romper bruscamente con todo lo pasado, debe resignarse á su suerte en lo presente, y dejar á la Providencia el arreglo del porvenir de las generaciones venideras.

Si escuchamos á ciertos hombres, si nos atenemos á la enseñanza que con tono ofensivo, de puro magistral, nos dan ciertos escritores, será menester que reconozcamos el espíritu del siglo tan solo en esa escuela, debiéndole acatar en todas partes, sea cual fuere la forma literaria bajo que se presentare. Sin embargo, fuera desconocer el siglo el dejarse alucinar por la ostentación orgullosa de esa escuela que todo pretende saberlo, que se empeña en descifrar los

misterios de lo pasado y revelar los arcanos del porvenir. *Transformacion, progreso, perfectibilidad, regeneracion*, y otras palabras semejantes que se emplean sin cesar, no bastan á satisfacer un espíritu sólido. Necesario es decir cuál debe ser esta transformación, que con tanto énfasis se anuncia, cuál la nueva vida á que nos ha de conducir esta regeneracion misteriosa, cuáles esos nuevos destinos que aun aquí bajo en la tierra, se pronostican á la humanidad. Decís que no lo veis claro, pero que los presentís con certeza; pues entonces será menester replicaros que vuestra filosofía no se eleva tan alto que justifique vuestras pretensiones. Si presentís algo de fijo, decidlo: si no presentís mas que mudanzas, sin poder asegurar cuáles serán éstas, todo el mundo las presiente con vosotros, pues que no hay hombre de comprensión elevada que no esté persuadido de que la humanidad está en vigiliias de revoluciones inmensas. ¿Serán éstas pacíficas, ó correrá en ellas la sangre? ¿cuál principio quedará dominante? ¿quién ganará con ellas la humanidad? ¿dónde comenzarán? ¿cuál será el acontecimiento que provocará su desarrollo? He aquí lo que todo el mundo ignora, incluso vosotros: he aquí lo que solo Dios sabe; Dios, á cuyos ojos está presente lo pasado como lo porvenir.

El siglo actual, con respecto á las ideas, es un verdadero caos; y si la literatura debe ser su expresión por necesidad, ha de tener también una fisonomía incierta, variada; siendo muy difícil designar un rasgo bien pronunciado que la caracterice. Así vemos en ella obras morales y otras inmorales, cristianas y anticristianas, religiosas é irreligiosas, llenas del gusto de los goces materiales y rebosantes del mas elevado espiritualismo; vemos publicaciones frívolas hasta la puerilidad, al lado de otras altamente serias y graves; y todos estos partos del ingenio, abundan, se multiplican cada dia, se cruzan y se chocan en todas direcciones, por manera que se hace sumamente difícil seguir las con la atención, y será poco menos que imposible escribir su historia.

Algo hay, sin embargo, que distingue esta literatura de todas las que la han precedido. Esto consiste en que su *objeto preferente es la sociedad*. Que ría ó que lllore, que levante al cielo un himno de alabanza, ó que blasfeme como un monstruo del abismo, que juegue como un niño, ó que haga resonar un acento profético, que analice los hechos mas complicados, que se ocupe de las ideas mas abstractas, ó que se espacie por un campo llano y ameno, retratándonos escenas apacibles, siempre, en todos casos, ó directa ó indirectamente, se ocupa de la sociedad.

Ningun escritor se cree dispensado de este deber, ó quizás á na-

die es dado dejar de cumplirse. No parece sino que hay una necesidad irresistible que conduce al escámen de las cuestiones sociales. Cuando se leen los autores de otra época, se observa que son hombres cuyo entendimiento piensa, pero cuyo corazón está tranquilo. Son como los astrónomos, que contemplan las revoluciones de los astros desde un observatorio quieto y silencioso. Pero los escritores de nuestro siglo se asemejan al observador que contempla el universo desde la frágil tabla encomendada al capricho de las olas: fija alternativamente su vista sobre los astros que le ocupan; pero dando con frecuencia una mirada inquieta al movedido elemento que bate los costados de la nave, y al punto del horizonte donde teme descubrir señales de borrasca.

No creo que pueda descubrirse otro carácter mas pronunciado en la literatura actual: este se encuentra en los escritores de todas opiniones. ¿De dónde nace? Si yo hubiese de señalar su origen, diria que proviene, no del *espíritu del siglo*, sino de *la situación del siglo*.

Paris, 20 de Junio de 1842.



DE LA INGLATERRA.

Siguiendo la línea de conducta observada hasta aquí, de decir de vez en cuando cuatro palabras sobre lo que mas llame mi atención, con tal que esté en analogía con el objeto de nuestra *Revista* (1), voy á hacer algunas indicaciones, fruto de mi corto viaje á Inglaterra. Poco diré sobre la viva impresión que causa la vista del asombroso desarrollo material de aquel pueblo. Parece, en efecto, que le ha sido dado un especial dominio sobre los elementos, y que posee en el mas alto grado el secreto de aplicar la materia á todos los usos de la vida. La vista del Támesis, cubierto de infinitas velas, y surcado sin cesar por un sinnúmero de barcos de vapor, ofrece á la vista un cuadro el mas grandioso que imaginarse pueda; así como los *Docks* de Santa Catarina, los de Londres y los de la India, junto con el colosal trabajo del *Tunnel*, atestiguan al viajero el extraordinario poderío de la reina de los mares. Al atravesar el *Tunnel*, al adelantarse por aquel inmenso corredor iluminado de gas, teniendo á la derecha el otro corredor todavía incompleto, oscuro, donde resuenan sin cesar las goteras del agua que se filtra en abundancia; al escuchar el ruido de las máquinas, que colocadas á la entrada de la honda escalera por donde uno ha descendido, estraen de continuo el agua que se ha filtrado; al observar la construcción irregular de los arcos, cuya posición misma parece presentar de bul-

(1) Alude el Sr. Balmes á la *Revista filosófica, política y literaria*, que publica en el año de 1842 en Barcelona, asociado con el distinguido literato el Sr. Roca y Cornet, y el malogrado jóven el Sr. Ferrer y Subirana. (Nota del editor.)